

Seix Barral Biblioteca Breve



Beto Ortiz

Maldita ternura



Beto Ortiz

Maldita ternura

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Maldita ternura
© Beto Ortiz, 2004

© 2014, Editorial Planeta Perú S.A.
Para su sello editorial Seix Barral
Av. Santa Cruz 244, San Isidro, Lima, Perú

Primera edición
en Biblioteca Breve: julio de 2014
Tiraje: 1,500 ejemplares

Edición: Mayte Mujica
Cuidado de edición: Alberto Ñiquen
Ilustración de portada: Julio Granados
Fotografía de autor: Inés Menacho
Diagramación: Mario Popuche

ISBN: 978-612-45787-5-5
Registro de Proyecto Editorial: XXXXXXXX
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° XXXXX-XXX

Impreso en Metrocolor S.A.
Av. Los Gorriones 350, Chorrillos
Lima, Perú

Para nadie

*Cuando haces algo bien, nadie lo recuerda.
Cuando haces algo mal, nadie lo olvida.*

MOHAMMED ALÍ

Un día antes de pelear con Mohammed Alí en Zaire, la gente me miraba con miedo y decía: "¡Mierda!, jese es el tipo que va a pelear contra Alí!", pero no se atrevían ni a pedirme un autógrafo. Cuando perdí la pelea, en cambio, todos se me acercaban, me ponían la mano en el hombro y me decían: "Tranquilo. Lo hiciste bien. Sé fuerte. Ya habrá otra oportunidad". Pasar de ser temido a ser compadecido, eso es una caída.

GEORGE FOREMAN

*¿Tú fuiste boxeador?
¿Tú te acuerdas de mí?
No.
Elíades Silva. De los 81 kilos. ¿No te acuerdas? No.
Ese era yo.
Todavía eres tú.*

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ

TRISTEMENTE CÉLEBRES
Prólogo a la segunda edición

No había vuelto a abrir esta novela en diez años.

Hubiera sido como entrar a un sótano embrujado, bulleante de demonios y espantajos. Cuando, hace un par de meses, nuestro director editorial me anunció la decisión de Seix Barral de publicarla, sentí un hueco en el estómago. No tanto porque ahora este libro quedaría al alcance de una nueva generación de lectores –muchos de ellos convencidos de que @malditaternura es solo el alias que uso en twitter– sino, sobre todo, porque yo ya no tendría más remedio que volver a abrirla y acometer la ardua misión de leerla otra vez, como quien se ve obligado a mover la roca gigantesca que sella la caverna de su pasado. Lo hice. La acabo de terminar y, francamente, estoy escandalizado. Lo primero que debo hacer es declararme inocente: la persona cínica y oscura que escribió esta novela no soy yo. Quisiera dejarlo muy en claro. Si, en su momento, este libro fue tachado por muchos de tóxico y cruel es porque –ahora puedo verlo con claridad– fue escrito con la desesperación de una bestia herida: el animal amargo y ciego de rencor que, entonces, era yo.

Cuando me llegó la orden de escribir este libro yo tenía 35 años, estaba completamente solo, arruinado, recluido en un infame sucucho alquilado en mi exilio en Miami y hundido en la peor depresión de mi vida. Digo que fue una orden porque Patricia –la ejecutiva editorial que me contactó– no me lo propuso, me conminó a hacerlo sin lugar a escapatoria: “Queremos publicar tu novela a fin de año. Escríbela.” –sentenció. ¿Hubiera podido decirle que no? Yo nunca había publicado nada que no fueran artículos de diario y la editorial me estaba haciendo una oferta que no podía rechazar. Me ofrecía unas condiciones que no le había ofrecido antes a ninguno de sus autores consagrados: me pagaría una buena suma contra entrega por cada capítulo

terminado. En ese momento yo no tenía trabajo ni ahorros. El programa de entrevistas que conducía por años en la televisión peruana había sido cancelado de improviso y el delirio amazónico en que había invertido todo mi dinero había devenido en la completa catástrofe que acaece siempre que se mezclan los negocios y el amor. Lo único que me quedaba en el banco eran deudas e hipotecas. No tenía dónde caerme muerto. Así las cosas me quedaban dos opciones en la vida: o me paraba de esa cama en la que vegetaba día y noche y me ponía a escribir de una buena vez para sobrevivir y mandarles dinero a mis padres o me terminaba de morir aplastado del todo por el infortunio. Yo sentía que no tenía fuerzas ni para escribir la carta que dejaría al pie de la silla antes de ahorcarme. Me había marchado de mi país prácticamente con lo que llevaba puesto. Pero como la sola idea de morir inédito me llenaba de espanto, me armé de valor, respiré hondo, firmé el contrato y comencé a contar, por fin, la historia que me había atormentado tantos años, ese fantasma aterrador que me había perseguido, sin tregua, a todas partes.

Aquel fantasma era, por supuesto, una historia real. Un episodio negro de mi biografía que pesaba demasiado y que necesitaba quitarme de encima de una vez y para siempre. La fama con la que –absurdamente– soñé toda mi vida había llegado a mí por las peores razones imaginables convirtiéndome en un sospechoso al que todos se sentían con derecho a mirar por sobre el hombro, con cierto indisimulable airecillo de superioridad moral. Tal vez por ello el método que elegí para disimular los hechos reales en el libro fue el de empeorarlos deliberadamente. Narrar la versión agravada de lo que realmente sucedió honrando la tradición del clásico tabloide sensacionalista. Exagerarlo todo sin otro fin que el de intranquilizar. “Seré famoso o tristemente célebre” –dijo alguna vez Charly García en una entrevista y es exactamente así como yo me sentía: popular e impopular al mismo tiempo, famoso y aborrecido, famoso y olvidado. El título, pues, estaba servido: “Tristemente céle-

bres". Como nunca había escrito una novela y no sabía por dónde comenzar, lo primero que hice fue escribirlo en grandes letras, sílaba por sílaba, en siete hojas de papel que pegué con cinta adhesiva sobre la cabecera de mi cama: tris-te-men-te cé-le-bres. Eso fue todo lo que escribí durante los primeros días. Me limité a cambiar de lugar las sílabas en la pared como un niño que aprende a leer jugando: cé-le-men-tris te-bres-te. Con el correr de los días fui añadiendo más y más elementos a aquel collage: fotos, recortes de diarios, fragmentos de poemas, dibujos, ideas sueltas y posibles personajes para el sinfín de historias que tenía que contar. Como un tronco seco que se convirtiera en árbol frondoso, aquel papelógrafo desmesurado se fue ramificando hasta convertirse en el índice iluso de una novela inviable que tendría cuarenta –sí, cuarenta– capítulos y no los dieciocho que, al final, tuvo. Y a la que, unos días antes de que entrara a imprenta, le cambié de título. Decidí que se llamaría "Maldita Ternura".

Tuvo dieciocho capítulos y ahora tiene 13. Juro que resistí a la inmensa tentación de reescribirla toda de nuevo. Hubiera sido inútil, por mucho que lo intentara no habría logrado tener la misma voz porque creo que ya no soy ese muchachón flamígero y enardecido. Recuerdo que entonces estaba tan obsesionado con la idea absurda de que la literatura me permitiría, por fin, cobrarme la revancha que, muchas veces, perdí el hilo de mi propia historia y acabé varado en cualquier recodo del camino y, más de una vez, me extravié del todo, por distraerme en los desvíos más increíbles. Mi cabeza era un caos tan perfecto que se me hacía difícilísimo completar una tarea que, en realidad, tendría que haber sido bastante más sencilla: relatar una historia que nadie conocía mejor que yo. De pronto, a mitad de una página cualquiera, me acordaba de alguien con quien también tenía que ajustar cuentas y me inventaba un capítulo extra solamente para asegurarme de que no quedara títere con cabeza, que nadie fuera a quedar impune. Y así, iba enredándome y enredando conmigo a los pobres per-

sonajes de mi novela en la inextricable telaraña de mis odios.

Nunca he vuelto a escribir con la tenacidad, la dedicación y la alevosía de aquellos febriles meses de 2004. Mayte, la misma amorosa editora –que detesta que los autores la mencionen y que hoy ha hecho posible esta imposible reedición– tuvo entonces el ingrato encargo de supervigilarme a la distancia, de arreararme a control remoto para que escribiera y tuvo, por ello, el dudoso honor de ser mi primera lectora, reduciendo siempre al mínimo el número de víctimas, evitando una carnicería y previniendo daños colaterales. Muchos de esos pérfidos capítulos que le envié rápidamente quedaron fuera del libro y yo no opuse resistencia pues Mayte no se tardaba mucho en convencerme de que no solo eran malos por malvados sino también por malhechos. Algo similar me ocurrió con los tres capítulos de la novela original que, juntos, decidimos dejar fuera de esta segunda edición. Las historias que contaban eran demasiado efímeras y coyunturales, habían envejecido malamente y ya ni siquiera se entendían. No resistieron la prueba del tiempo. Otros capítulos fueron fusionados entre sí, sacrificados en bien de la trama –otrora errática, hoy bastante más directa– de la novela. Espero que, con los cambios que hemos introducido, la estructura del libro sea menos caótica ahora. Nada como el tiempo para decantar, para separar la arena de la cal, la paja del trigo. Pero, por mucho que le extirpemos algunas de sus partes, sería ridículo pretender convertir el trajinado cuerpo de este libro en un escrito de sanación, en una –digamos– *Bendita Ternura*. Más allá del título, es bueno que estén informados de la existencia de una rara especie de maldición que pareció rodearlo desde que vio la luz. Cuando mi novela se publicó en Lima, no pude regresar de Estados Unidos para presentarla porque si lo hacía, la policía me habría detenido en el aeropuerto. El gobierno de Alejandro Toledo había dictado una orden de captura en mi contra como represalia por una grave denuncia de corrupción que publiqué ese 2004 en el

diario *Perú.21* y que envió a la cárcel a su principal asesor. Como era de esperarse además, la crítica sometió a mi primer libro a un severo juicio que –más que literario– era moral. Se le dijo –o, lo que es lo mismo, se me dijo– ruin, sordido, vulgar, repugnante, abyecto, vengativo. El *establishment* literario del Perú, por supuesto, me ninguneó como estila hacerlo hasta hoy con esa fauna microscópica que conforma el último eslabón de la cadena alimenticia. Aquel al que, desdeñosamente, se refieren como “la farándula que escribe”.

A las pocas semanas de su publicación, las notificaciones judiciales comenzaron a llegar a mi casa de Lima. Airados personajes públicos –que se habían sentido aludidos en algún pasaje de la historia– aparecieron en los medios para anunciar su decisión de llevarme –otra vez– ante los tribunales por injuria y difamación. Así, lo peor que podía sucederle a un libro nuevo, sucedió. Se convirtió de inmediato en carne de prensa amarilla, se trivializó al máximo y obtuvo el único tipo de publicidad que no necesitaba. El prejuicio injusto de que solo se trataba de un inventario chismográfico populachero se extendió como una peste, ahuyentando a los lectores que sí estaban ansiosos de leer una novela. Y, a la gran mayoría, a la que solo animaba el escándalo barato, no le hizo ninguna falta leer el libro pues les bastó con los párrafos mal transcritos y sacados de contexto que se publicaron en la prensa del corazón. Cuando, años después, pude por fin regresar al Perú gracias al cambio de gobierno, una de las primeras cosas que hice fue correr a las librerías para hacer realidad la fantasía infantil de ver una novela mía en la vitrina. Recorrí todas, una por una, pero mi búsqueda fue infructuosa. No la encontré por ningún lado. Los libreros se excusaban diciendo que “estaba agotada” pero yo sabía que me mentían. El único agotado era yo. Era obvio que no figuraba en ninguna lista de *bestsellers*, los austeros reportes de regalías me llegaban a la muerte de un obispo, a cuentagotas. A menos de que hubiera sido requisada o reciclada para tener más papel en

qué editar más recetarios de cocina, no entendía adónde habían ido a parar los miles de ejemplares que imprimieron. ¿Qué había ocurrido? Ahora lo sé. Fue la maldición de *Maldita ternura* lo que la hizo desaparecer, como por ensalmo, de los estantes del mismo, exacto modo en que apareció: sin pena ni gloria.

¿Estás seguro de que la quieres volver a publicar? –me preguntó Mayte, como siempre más preocupada por mi suerte que por la del libro cuando, hace cosa de un mes, nos reunimos en el balcón de un café con vista a la gris costa verde limeña. Le respondí que sí, muy convencido, aunque, en el fondo, estuviera siendo presa del mismo estremecimiento. Es verdad que lo más cómodo y seguro para todos era que este malhadado libro jamás volviera a editarse y, con un poco de suerte, los hechos en que se inspira quedarán piadosamente desterrados al país del olvido. Es verdad que –para mí– la historia real en que se basa esta novela es ya una vieja –y gorda– cicatriz que me ha quedado en el pecho como recuerdo de una de las heridas más profundas de mi vida. Obvio que no ensayaré aquí una crónica policial que resuma los sucesos y les arruine la lectura pero creo oportuno proporcionarles algunos datos sueltos de mi biografía que les resultarán útiles para poder tener la película completa. Básteles con saber que, allá por el 1993, cuando asumirse homosexual en el Perú equivalía a rociarse combustible y prenderse fuego como bonzo, el bisoño reportero de veinticinco años –gay en el closet– que era yo se enamoró de un guapo delincuente juvenil de diecinueve al que conoció en las procelosas calles del centro de Lima de entonces. Ese encuentro le dio un absoluto vuelco a su mundito acolchado e irreal. Pero tiempo después también le arruinó la vida al acusarlo de haber arrasado con toda la población de albergues de menores en que vivía. ¡Qué distinto habría sido todo si solamente lo hubiera entrevistado! Pero, quebrantando esa antigua regla de oro de la prensa que prohíbe terminantemente acostarse con la fuente, aquel periodista tan tenaz, tan transgresor, tan cándido y

tan (doblemente) novato— sucumbió a tan apolínea tentación y decidió que su primer amante clandestino —el chico malo que estaba bueno— lo guiara por ese lado salvaje que siempre había ejercido tan poderosa fascinación sobre él.

Así terminé formando parte del más peligroso triángulo pasional imaginable, una envenenada relación que trajo atroces consecuencias para todos y que, en mi caso, desembocó en un torbellino de venganza y de intriga. Y en escándalo. Un operativo psicosocial malévolamente fabricado, años después por la maquinaria de la así llamada “prensa chicha”, unos infectos pasquines manejados por los esbirros del servicio de inteligencia de una dictadura que dinamitaba la imagen de todo aquel que, imprudentemente, osara cuestionarla. Cito aquí lo que el personaje narrador dice en el libro al descubrir una mañana, por primera vez, su foto en todas las primeras planas: *Hoy los diarios me llaman violador, depravado, monstruo. Siempre quise ser famoso. Parece que lo he logrado.* Cada vez que algún adversario —político, periodista, animador de TV, cualquier celebridad— creía conveniente disparar un misil para hacerme rodar por tierra, sabía que lo único que tenía que hacer era asegurarse de resucitar una y otra y otra vez ese expediente amarillento. La memoria del público es frágil y siempre vuelve a horrorizarse —y a dudar—. No exagero si les digo que en los últimos veinte años debo haber estado envuelto en el mismo escándalo, por lo menos, una decena de veces. La aventura me salió tan cara que es posible que todavía no la haya terminado de pagar. Aunque he de reconocer que yo no fui el lado del triángulo que se llevó la peor parte, lo cierto es que, aún hoy, de vez en cuando, tengo que lidiar con la ponzoña gratuita de esos odiadores anónimos que infestan las redes sociales y que siguen tratando de agitar ese fantasma.

Es bueno que sepan que esta no es la novela que yo elegí escribir. Yo no escribí el libro que quise sino el que debía escribir porque no me quedaba otra salida. El libro que, a duras penas, pude escribir y me enorgullece haber

tenido las vísceras suficientes para completarlo. Alguna vez, en mis ya lejanos días de reportero trotamundos, leí la carta que le escribía a sus padres, en su celda en Kuala Lumpur, un pobre chico peruano condenado a morir en la horca por tráfico de drogas. Nunca voy a olvidar la angustia escalofriante que se reflejaba en sus balbuceos inconexos, en ese español torpe, pre-escolar, rudimentario, en esa caligrafía ilegible, enloquecida con que parecía querer dejar terrible constancia de su tragedia, dibujar todo su íntimo horror en aquel pedazo de papel tachonado de sellos de penitenciaría. Me he acordado, de pronto, de aquella correspondencia porque ahora, al releerme luego de diez años, he tenido exactamente esa misma sensación. Me ha invadido una sorda desolación similar a la que tuve cuando leí la carta del chico de Malasia. He leído mi libro como si fuera ajeno pero, al mismo tiempo, estoy seguro de que nunca, como hoy, lo había sentido tan mío. Es por eso que me ilusiona inmensamente pensar que sus lectores jóvenes –sin duda, personas mejores que nosotros– sabrán hacerlo suyo también. He vuelto a divertirme en las páginas en las que, hace diez años, reí como un poseso así como he vuelto a llorar en aquellas que escribí entre sollozos, entre gruñidos, con los ojos nublados por la pena. Quizás, en los días aciagos en que fue escrita, esta novela fue también un aullido, un grito, un estallido. Quizás, con un poco de suerte, lo siga siendo. O mejor dicho: lo sigo siendo. Porque este libro todavía soy yo. Quizás sea que escribir ha sido siempre mi particular manera de pedir auxilio. Quién sabe. Quizás, con un poco de suerte, leerme vaya a ser tu particular manera de salvarme.

Así, cada vez que vuelva a caerme a un precipicio, las palabras volarán en mi rescate.

Beto Ortiz

Lima, julio de 2014.

DANCING WITH MYSELF

*En tu ventana dormida
Hay una rama de cielo
En esa rama hay un trino
En ese trino, un secreto
Si te lo digo, despiertas
Y si despiertas, no puedo*

JUAN GONZALO ROSE

Odio mi uniforme y, por eso, me lo quito ansiosamente, casi con desesperación. Acabo de llegar del colegio y, sudoroso, contemplo mi cuerpo adolescente en el enorme espejo del decimonónico ropero que ocupa la cuarta parte de mi habitación. Miro mi horrenda ropa de presidiario regada por los suelos: es como si alguien hubiera despellejado a una gran rata gris envenenada. Aquí todo es plomo y feo y ceniciento menos yo. En mi reflejo, embellecido por tallados de viñedos en pan de oro, soy hermoso. Todo un niño dios desnudo y lujurioso que se adora a sí mismo con ciega fe en su altar privado. Adoro mi torso suave y lampiño, mi cuello largo, mis blanquísimas nalgas, el terciopelo dorado que comienza a coronar mi sexo creciente y me deseo. Soy el único feligrés de esta religión pajera, el único dios y el único devoto. No es lo ideal, debo salir a predicar con el ejemplo, a buscar más. Me asomo a la ventana, mi ciudad es un asilo para ancianos prematuros, un hospital atestado de sanos, un cementerio de niños. Una gran rata envenenada. ¿Cómo es posible que allá abajo todos sigan su camino sin sentir mi resplandor? ¿Por qué se muestran inmunes a mi prohibida belleza? Abro las cortinas para que, al levantar la mirada del polvo por el que la arrastran, los